

La vida de Francisco de Quevedo

PABLO JAURALDE

Don Francisco de Quevedo fue siempre un escritor polémico. Tanto en la literatura como en la política adoptó comportamientos ambiguos; éstos le llevaron a ser el centro de una leyenda que, durante mucho tiempo, ocultó parte de su semblante. Su carácter controvertido hace aún más interesante el recorrido por ciertos momentos de su vida, porque le da esa singularidad que sólo se encuentra en señalados escritores.

Tanto el lector común como el lector comprometido —el crítico—, se sienten atraídos por la personalidad del poeta que se deja traslucir en las obras que llevó a cabo. Para penetrar en el mundo de las ideas quevedianas hace falta poseer una mente lúcida que consiga esclarecer todos o casi todos los secretos de su vida. Sin embargo, investigar el camino de un escritor resulta siempre difícil, ya que se corre el riesgo de no poder discernir con claridad lo que fue real de lo que no existió. En este caso las deducciones a las que han llegado los críticos parecen totalmente fiables; y sobre todo son necesarias para descubrir de una vez por todas la máscara quevediana. Así, podremos contestar a tantas preguntas que surgen de la lectura de su obra. También, gracias al estudio de su vida conocemos sucesos fundamentales para la historia de España, y cómo Quevedo supo, hasta el final de su vida, cual era el camino político que debía seguir.

El interés por la figura del gran autor se manifiesta en conferencias como la que nos ocupa (ofrecida en la Fundación Juan March el 20 de febrero de 1990), la primera de cuatro de ellas que se incluyen en un ciclo, impartidas por el catedrático de literatura española Pablo Jauralde.

Sin duda la figura del poeta español, ya sea dentro de la leyenda o fuera de ella, seguirá siendo reconocida como uno de los ejemplos más claros de la grandeza de la literatura española.

Laura Moraleja

Quevedo es sin duda uno de los escritores más deformados por la leyenda. Su nombre sugiere al lector, y quizá al no lector, una imagen de personaje festivo, temerario, dicharachero, al que se le atribuyen anécdotas y chistes de todo tipo. En el aspecto literario se suele recordar su enemistad con Góngora, como defensor de una escuela poética diferente, y también la autoría de una obra picaresca: *El Buscón*. A veces se va un poquito más allá recordando que es el autor de los *Sueños*, se cita algún poema festivo o se declaman versos lapidarios de dos o tres de sus composiciones más famosas: «Cerrar podrá mis ojos la postrera sombra...».

Sin embargo, también es tópico recordar que Jorge Luis Borges, al rendir tributo y admiración a Quevedo, insistía en que es una literatura dilatada y compleja, al contrario de lo que siempre se recuerda de él. Las concesiones de veneración hacia su obra y quizá hacia su persona son, sin embargo, muy insistentes; desde la primera de José de Villarroel en el siglo XVIII, hasta la más reciente de Camilo José Cela al recibir el Premio Nobel de Literatura en 1989, pasando también por alabanzas como la de Octavio Paz.

Y ello no puede ser más que así, porque esta actitud de asombro y entusiasmo, unida a cierto desconocimiento real de su vida y de su obra, se detecta ya en vida del autor, entre sus propios contemporáneos anónimos, sin voz pública, y también en escritores como Cervantes o Lope de Vega, por poner dos ejemplos muy significativos. Incluso su imagen física ha sido parcialmente falseada y popularizada, hasta el punto de ser una de las figuras históricas mejor explicada a partir de sus rasgos físicos, aun cuando curiosamente lo más llamativo, su cojera, no se reconoce normalmente en ninguna de las figuras que nos han llegado; sólo nos queda una cabeza de terracota, resto de un busto parcialmente mutilado, que se conserva en el despacho de la Dirección de la Biblioteca Nacional de Madrid, y un malísimo retrato en las escaleras que bajan al Depósito de Manuscritos de la misma Biblioteca, que nos recuerdan vagamente cómo era ese hombre: el cabello encrespado, la cabeza noble, ojos grandes y miopes, grandes barbas, facciones muy marcadas, tez pálida...

Otro de los aspectos turbadores para contemplar su vida, para contemplarla con el ideal de la distancia histórica, surgen del espectacular telón de fondo: 1580-1645, la adhesión a Portugal, el desmoronamiento del Imperio de los Austrias y el desastre de la guerra de los años cuarenta; todo esto lo soporta la obra literaria que se da en lo que llamamos el Siglo de Oro (y desde la perspectiva literaria bien denominado así).

Yo suelo decir a mis alumnos que hacia 1610 en la Iglesia de San Sebastián, en el Oratorio del Olivar, podrían encontrarse y saludarse Tirso de Molina, Lope de Vega, Cervantes, Quevedo, Jáuregui y Villanueva por hablar sólo de escritores. ¿Quién no estaría en los actos de inauguración de la Plaza del Arrabal, es decir, de la Plaza Mayor, en donde hacía poco tiempo había caído la cabeza de Rodrigo Calderón, el Marqués de Sieteiglesias? En efecto, la madeja histórica se aprieta de tal manera durante aquellos años, particular-

mente desde que la Corte vuelve a Madrid (1606), que produce en el espectador una especie de vértigo histórico. Cervantes escribe el prólogo de la segunda parte de *El Quijote*, prácticamente, mirando desde su ventana la casa de Lope de Vega, un poquito más abajo de donde concluyen hoy las calles de León y la de Cervantes. Al lado, en la Iglesia de San Sebastián, acababa de ser enterrado Alarcón, lugar donde reposará poco después Lope de Vega. En el viejo Convento de Santa Ana ha profesado la hermana de Quevedo, el cual acaba de comprar una casa en la calle del Niño, en la que vivía Góngora, etcétera, etcétera.

Y si esto es así localmente, el peregrinaje de Quevedo por toda Europa nos da un panorama similar. Probablemente, muy joven ya, a la muerte de Felipe II hacia 1598, en los funerales, escucha el oficio de difuntos del padre Victoria. Luego viaja por Italia, llega a Nápoles, donde el pintor de moda es Ribera, «El Españolito». Vuelve a España y se entrevista con el Rey en El Escorial, escribe contra Richelieu, poetiza la muerte del rey francés Enrique IV, es decir, que nos produce también una sensación de tiempo comprimido entre esos años que marcan su vida y su muerte: 1580-1645.

Hace falta, por tanto, retratar esa biografía con cuidado, con serenidad, limpiándola del cúmulo de leyendas que la han enturbiado hasta hacerla casi incomprensible. Al mismo tiempo cumpliremos la penosa tarea de esquematizarla para hacerla, probablemente, más comprensible. Por otro lado, la biografía de Quevedo no necesita leyendas, es suficientemente rica su personalidad como para no rellenarla con un anecdótico chistoso y fácil, que no hace más que ensombrecer la auténtica figura humana de este hombre. Habría que empezar diciendo: Quevedo no estuvo en la Conjuración de Venecia, Quevedo no fue autor de un poema que dejó debajo de la servilleta de un Rey, Quevedo no escribió los chistes que circulan por ahí como creen muchos.

Nos referiremos de manera sucinta a su biografía durante esta primera hora, intentando, al mismo tiempo que tratamos el programa biográfico, señalar cuáles son las obras más interesantes que va escribiendo.

Una de las grandes lagunas que en la obra literaria hay, en la biografía y en la vida de Quevedo, es que falta un catálogo correcto de sus obras.

Por lo que se refiere a su biografía, me voy a ceñir primero a los rasgos dominantes de su formación, para posteriormente referirme a un trazado cronológico, en el que interesa ya dar con la mayor claridad posible las obras mejores de carácter abierto. Realmente se puede, de modo también escolar, en todo este tipo de biografías, señalar una serie de períodos fundamentales, que podrían ser: el primero, el que va de 1580 a 1600, el período madrileño, la niñez vivida en palacio, los primeros estudios en Alcalá; el segundo, entre 1600 y 1605, es el período en que la Corte está en Valladolid; el tercero, entre 1605 y 1613, es el período cortesano, sucede el período napolitano entre 1613 y 1620, período diplomático y político en Quevedo; sigue otro larguísimo que nos lleva hasta 1639, el más fructífero desde el punto de vista literario, es cuando apare-

cen en público la mayor parte de sus obras; finalizando entre 1639 y 1645, con la prisión, la libertad y la muerte.

Había nacido en 1580 en Madrid. Se había bautizado en la parroquia de San Ginés, donde todavía le recuerda una lápida.

En su etapa inicial hasta 1600, aproximadamente, convendría señalar su ascendencia norteña, porque era un tinte de gloria en la época, el equivalente a un certificado de pureza de sangre no contaminada por ascendientes o descendientes de conversos.

Más importante para su formación ideológica se nos antoja su pertenencia a una familia burocrática de palacio, de aquellas que hacían funcionar el poderosísimo engranaje del Imperio y que veían desde dentro cómo era la máquina del poder.

En la Corte madrileña, en el Palacio Real, Quevedo tendría ocasión de observar en su niñez miserias y grandezas de hombres ilustres que eran entonces el centro del mundo. Los dos Felipes, toda la sarta de validos, el Duque de Lerma, el Duque de Uceda, el Duque de Olivares, reyes, papas, grandes consejeros. Su indudable ambición política debió de desarrollarse en ese ambiente y contener desde muy pronto un ingrediente de insatisfacción moral. Quevedo no pertenecía por sangre a la casta de los poderosos, al clan de las familias nobiliarias que se repartían el poder y a las que él, como sus padres, sirvió con labor incansable. A lo sumo, y fue una de sus grandes ambiciones, alcanzó a subir el primero y el más humilde de los peldaños, y a costa de mucho trabajo y de mucho dinero, consiguió ser caballero de un Hábito, el Hábito de Santiago, que le cubrirá de honor y nobleza, y señor de una villa perdida en un rincón del campo.

¿Qué estela deja este rasgo en su obra? Primero, la contribución normal en todos los artistas de la época que aceptaron buscar en el mecenazgo, como primer paso hacia el reconocimiento público de su tarea. Y el mecenazgo en los escritores se manifestó, para empezar, por la dedicatoria de las obras a reyes, privados, nobles y poderosos, y por una faceta creadora de marcado carácter social que incluía poemas, elegías, contribuciones, etc., en honor de esa misma clase privilegiada. Hasta cierto punto el escritor de los siglos XVI y XVII, más de este segundo siglo quizá, ponía su pluma al servicio de las clases privilegiadas, vendía su quehacer artístico con mayor o menor fe. Quevedo deja un tanto por ciento muy alto de su producción poética: epitafios, epitalamios, poemas alusivos a fiestas, a estudios, a cuadros, a hechos palatinos (batallas, reyes, etc.). No estamos diciendo que no sea una tarea auténticamente creadora. En aquellos tiempos, la creación literaria se encauzaba por ahí. En algún caso, incluso, Quevedo cambió, podríamos decir vendió, realmente, un texto literario como un favor. Cuando hacia 1631 escribe un opúsculo titulado «El chitón de las tarabillas», en defensa de las actividades económicas del Conde Duque de Olivares, está redimiendo su situación de desterrado de la Corte y congraciándose con el poderoso valido. La obrita no carece de valor literario, es

muy quevediana y contiene, sin duda, el sabor de sus mejores sátiras, pero su origen histórico es ése. Muchas obras se explican inmediatamente por esa subordinación de la pluma al poder. Lo cual no quiere decir, como veremos, que Quevedo, otras veces, no opte por hacer lo contrario, o que plasme en los sinuosos movimientos de su escritura matices de un contrario a esa supeditación sobrehistórica.

Pero hemos hablado de ambición política, probablemente aprendida en su infancia en el propio palacio. En efecto, las dos grandes obsesiones de Quevedo van a ser la política y la literatura.

Su ambición política le llevará a arrimarse constantemente a los círculos del poder, a discutir sobre los temas de actualidad histórica o a intervenir en los temas públicos. Una buena parcela de su función poética tiene un indudable contenido político, además de que es la cara pública de Quevedo. Lo que más se leyó de Quevedo en su época fue la obra *La política de Dios*, fechada en 1626, que es un largo y denso tratado sobre el modo de gobernar. Hoy día la gente, cuando se encara con esta obra, pasa las primeras páginas, picotea un poquito por aquí y por allá y no se atreve, quizá, a terminarla. Sin embargo, en aquella época había lectores, de este momento de la época, que dormían con *La política de Dios* en la almohada. No es la única obra política. Cuando se haga el catálogo real de sus obras se verá qué cantidad enorme de papel nos obsequió con obras de carácter político. Entiéndase bien, con lo que entonces era la esfera de lo político; *Lince de Italia*, *Grandes anales de quince días*, *Carta al Rey Luis XIII*, eran obras de enorme actualidad, casi como largas editoriales, como los reportajes escritos al calor de los hechos que ocurrieron en este siglo, en 1600.

En cuanto a su educación, también refiriéndonos en esta primera fase de 1580-1600, si como parece estudió con los jesuitas, es verdad que al menos hay dos o tres cosas que provienen de su etapa de estudiante joven, de su formación intelectual con los jesuitas: la pasión por los libros, ese afán intelectual por saber, aprender y discutir que no hay entre sus contemporáneos, ya que la actividad intelectual, en algunos casos, se miraba como peligrosa. Hay un hermoso pasaje al respecto en la *Providencia de Dios*, que es una obra tardía, del que extraigo este juicio paradójico muy de Quevedo como intelectual activo y no contemplativo, en contra de las personas que prefieren mirar y no actuar: «Otros hombres tienen por fiesta el ver a otro hacer cosas que ni las entiende ni saben cómo las hace, de las cuales todo el entretenimiento consiste en la ignorancia de quien las ve.»

De los jesuitas pudo tomar también este regusto por la biografía del héroe. Muchas obras de Quevedo son relatos biográficos comentados: *Marco Bruto*, *San Pablo*, etc., y, desde luego, tomó de los jesuitas el modo que tienen de compañía, es decir, desde su militancia activa, soberbios y espléndidos pasajes del Quevedo católico, monárquico, dogmático, son ardientes llamadas a la lucha, pero a la lucha real: los codos chorreando sangre y la espada fulminando

al enemigo. Así es cómo se representa a su ídolo real de la época, al Duque de Osuna: «Al alemán siguieron las heridas cuando su brazo estremeció la tierra, cuando las sangrientas cenizas...» es un párrafo dedicado al Duque de Osuna. Constantes llamadas a la guerra jalonan sus poemas históricos, particularmente los dirigidos a los reyes Felipe III y a Felipe IV recordándoles su deber de sangre.

Ya en 1609, en una obra tan poco conocida como importante, *La España defendida*, concibe a su patria formada, quizá, por «el largo hábito de las santas costumbres del Haberno», y añade que, en su opinión, «España nunca goza de paz. Sólo descansa, como ahora, del peso de las armas...». La actitud no es del Quevedo juvenil como podría pensarse, el Quevedo impulsivo. He citado unos pasajes de la *Providencia de Dios*, que son de 1645. Cuando el Conde Duque cae en (1643), Quevedo dirige un gran panegírico al monarca para que gobierne solo y, de nuevo, para que milite al frente de sus ejércitos. Quevedo escribe desde la prisión del convento de San Marcos en León, viejo y enfermo, su alucinada arenga a Felipe IV, rodeado de enemigos en aquellos años; España se está desmoronando realmente.

Incluso en sus obras piadosas y morales la actitud de Quevedo suele ser la del español intransigente y triunfante: «Háseme predicar la palabra de Dios con Imperio, no servilmente, sino con prontitud y confianza suele viajar la verdad», dice en la *Vida de San Pablo* que, seguramente también, ordenará horas antes de su muerte. Obra deslumbrante y completísima que finaliza dramáticamente con un pasaje, para mí, conmovedor, en el que Quevedo invoca la asistencia de San Pablo degollado y muerto, para que acuda, con la misma espada con la que fue muerto, a colocarse al lado del otro santo quevediano, Santiago Matamoros, por luchar ambos a favor de una España rodeada, ahogada por sus enemigos y, esto es, aunque no lo dice Quevedo, ahogada por sus ideas. La imagen de esa fuerza contrasta con la decadencia física de Quevedo, que es real en aquellos momentos y resulta por contraste, efectivamente, conmovedora. Es un caso de credo y, además, es un rasgo definitorio de su compleja posición ideológica que hay que interpretar.

Su primer biógrafo, pasamos a otro aspecto, Pablo Tarsia, nos habla con un poquito de exageración siempre de la rica biblioteca que acumuló y de los muchos artilugios que poseía para leer y trabajar en la cama, en el camino, mientras comía. Quevedo fue uno de los primeros estudiantes nocturnos de nuestra historia literaria.

A veces se ha discutido si su formación era tan rica como él quiso, como la de sus contemporáneos, sobre todo en las lenguas clásicas, latín, griego y hebreo, y se ha dicho que fallaba en muchos casos. Quizá, lo que debemos señalar es que es una formación muy extensa para operar en la cultura de su tiempo, pero que no alcanzó la altura, la pasión, quizá, que alcanzaron los grandes humanistas de generaciones anteriores. Pero también habría que subrayar que no era una cultura falsa, como se ha intentado señalar a veces. La vida intelectual

tual de Quevedo está en este sentido llena de proyectos ambiciosos que casi nunca culmina, si es que alguna vez llegó a intentar realizarlos totalmente: libros en defensa de Homero, una extensa biografía sobre Santo Tomás de Villanueva, comentarios a profetas menores... Afortunadamente, otras termina, porque esas arduas tareas de exégesis y erudición le han esterilizado para lo que nosotros oiremos con mayor sabor, es decir, para los *Sueños*, *El Buscón*, etcétera. Además, lo dice en la época González de Salas, un gran amigo suyo, dice que lo más precioso de Quevedo era su escuela de experiencia en la vida misma, fue lo que le llevó a escribir juguetes y papeles y otros exabruptos que la posteridad ha consagrado. De hecho, alguna vez se queja Quevedo de que ha estado durante varios meses trabajando con un tema bíblico.

En esta biografía, por tanto, sobre la formación de Quevedo aparecen ya elementos típicos de sus contradicciones; es otro de los términos exteriorizados que han significado para su vida y su obra.

Los libros de matrícula de Alcalá de Henares nos dicen que allí estuvo estudiando a finales de siglo. Viaje va y viaje viene a Madrid. Parece ser que un funcionario de palacio le anima a seguir un poco al abrigo de la burocracia de palacio. Se cambia de lugar de residencia, vive ahora en la parroquia de San Nicolás, es decir, se acerca un poquito más a palacio.

En esa situación, corte en la urbe, en la ciudad, junto a San Nicolás, se van a tejer sus primeras obras. Primeras obras de las que comentar que son papeles volanderos, de poco más de un pliego, escritos para hacer reír a sus compañeros: letrillas, algún romance. En 1598 muere Felipe II; las relaciones y los cronistas de la época nos han dejado testimonio de este tramo nacional. Asistiría al ascenso del gran Duque de Lerma que iba a disponer el traslado de la Corte a Valladolid. El monarca y su privado arrastran consigo no sólo el aparato del Estado, sellos, consejos, Casa Real, sino toda esa costra burocrática, nobiliaria y plebeya que se mantenía pegada al monarca y a su señor.

En fin, hay otro aspecto sobre el que he pasado rápidamente y que informa de una parte de la obra de Quevedo y debido, probablemente a esta etapa inicial, es su ambigua y extraña relación con el mundo femenino. Se me dirá, claro, que probablemente la relación con el mundo femenino siempre es extraña y ambigua, pero el caso es que los críticos de Quevedo hacen arrancar esta actitud de su carácter. Realmente, lo que dicen es que la actitud de Quevedo hacia el mundo femenino proviene, por un lado, de sus presuntas taras físicas, ya que era, al parecer, miope, cojo, etc. Dicen los críticos que su actitud hacia el elemento femenino es lo que en psicología se llamaría la doble personalidad: el presunto rechazo que espera recibir de las mujeres lo convierte, adelantándose a ello, en una constante agresión contra aquello que ansía poseer. Por otro lado, hemos señalado que su mundo juvenil es un mundo femenino, que vive en el hogar rodeado de madre, hermanas, tías, etc., como Cervantes, curiosamente. Si con estos datos y con los otros de su soltería hasta pasados los cincuenta años nos vamos a sus obras, nos encontramos con dos cosas: lo primero,

una extensa y riquísima sátira contra el mundo femenino y, en segundo lugar, un intenso y apasionado cancionero amoroso que contiene alguno de los versos más estremecedores de nuestra poesía lírica. Les voy a poner dos ejemplos escuetos: si ustedes acuden a la lectura del cancionero amoroso de Quevedo, quedarán, sin duda, sobrecogidos por la intensidad de la pasión que allí se expresa. Como si la vida agazapada, interiorizada estuviera en éstos; en teoría estos poemas no se difundieron, eran romances en clave, un ejemplo: «En los claustros de l'alma la herida / yace callada; mas consume, hambrienta, / la vida, que en mis venas alimenta / llama por las médulas extendida.» // Cuando Quevedo da a los suspiros la voz de su canto, el poema se estremece de pasión. Pasión, por cierto, muy verdadera.

Sobre lo segundo, la sátira, es verdad que mucho de lo que nos dice Quevedo está determinado por el modo que construye los patrones de la risa. Pero si el texto se coloca al lado de otros poemas «tremendos» del Quevedo serio, o al lado de unos aspectos de su propia biografía, parece que hay que concluir que algo le pasaba a Quevedo con las mujeres (algo más de lo que nos pasa a todos). Otros textos en obras serias describen las determinaciones y condiciones físicas de la mujer hasta llegar a lo repugnante, o intentando llegar a lo repugnante, éstos, según creo, no son para su lectura pública. En sustitución les remito a alguno de los poemas que comentaremos en el último día como el soneto dedicado a la mujer hermosa que ha envejecido, que empieza diciendo: «Rostro de blanca nieve, fondo en grajo» y tienen esos verbos tan «pringosos» una descripción de la mujer. De esta perspectiva humana, es decir, encontramos esa especie de tira y afloja, sexual, rencoroso. Además se critica no sólo a la mujer, sino a todo el conjunto de relaciones que pueden establecerse a través del mundo femenino. Ya saben ustedes que Quevedo tenía dos o tres palabras que fueron sus obsesiones, que cada vez que se le aparecían en un texto perdía el pie y seguía a duras penas. Una de ellas es, por ejemplo, la palabra «cuerno» y sus derivaciones. Quevedo no podría permitir que pasase una palabra como ésa, que aludiera a cuerno; siempre se encontraba con que tenía que terminar lo que estaba haciendo e irse detrás de esa palabra y de toda su familia léxica. Incluso nuestro autor hizo algunas obritas sobre esta obsesión, como la carta de un cornudo a otro, titulada «El siglo del cuerno». Fue todo un glosario de poemas que componen una antología peculiar, basada en la relación falsa con las mujeres, mujeres que engañan.

En fin, algo le pasaba con las mujeres. Indudablemente su biografía proyecta un poco de luz sobre este asunto. Utilizó todas las farandulerías literarias que pudo para conseguir la protección de las damas de alcurnia, para quienes escribía prudente, más o menos gracioso, y a quienes dedicó algunos de sus libros. Fue un soltero empedernido, como suele decirse, pero se rodeó de mujeres. Quevedo vivía con dos mujeres, las Ledesmas, que estaba amancebado con ellas, y que tenía incluso hijos. Y para entonces, Quevedo era ya un cuarentón. Diez años más tarde, los problemas de Quevedo con las mujeres se

convierten en tema público y hasta la segunda dama del país, la Duquesa de Olivares, intenta buscarle mujer. Y, efectivamente, le encuentra una señora con la que terminará por casarse. Escribió una carta a la Duquesa de Olivares diciéndole qué cualidades quería que tuviera la mujer con la que se iba a casar; la carta se publicó por todos los lados e incluso apareció como una obrita más de él. El caso es que se le buscó una mujer, se casó en 1634, la mujer tenía menor edad que él; vivió con ella un par de meses, y, desafortunadamente, no dejó huella en su vida.

Es tiempo quizá de que pasemos a la nueva etapa, que es la de Valladolid. Hemos visto algunos de los rasgos de su formación, que se proyectan a lo largo de su obra y que configuran parte del talante de sus obras. La Corte se traslada a Valladolid, y en aquella Universidad aparece un ocupado Quevedo. Se sospecha que no terminó sus estudios, él dice que sí, que ha terminado teología, pero parece ser que no fue así. Seguía cerca del palacio, probablemente protegido por otra dama, la Duquesa de Lerma, la mujer de un privado.

Por diversas carambolas familiares, muertes, herencias, etc., Quevedo vino a hacerse con un pequeño capital, denso en beneficios, que le va a durar toda su vida y del que va a vivir bien. Sobre todo va a ser el disparadero de muchas de sus actuaciones judiciales, y resorte para cumplir con sus obligaciones familiares de esa época. Entre las herencias se hallaba una deuda a su favor en un pueblecito del «tragaluz manchego», que diría Machado, que era la Torre de Juan Abad, de la que se haría cargo. Y, además, es el sitio, la Villa de la Torre de Juan Abad, donde se le desterrará cuando moleste mucho y donde se retirará mucho más tarde a meditar, a morir.

Los seis años de capitalidad de Valladolid fueron de cierta euforia colectiva. En la Corte vallisoletana, castellana, confluyeron como siempre los mejores escritores del momento: Jáuregui, Argensola, Cervantes, pululando en torno a nobles y villanos. Allí puso en circulación Quevedo sus primeros opúsculos festivos y bastantes poemas, a juzgar por lo que un amigo suyo, Pedro Espinosa, recogió en una famosa antología, que formó hacia 1603: «Las flores de los poetas ilustres». Pero también son años en los que Quevedo pareció plantearse con mayor extensión y profundidad otras tareas. En Valladolid redacta *El Buscón* y el primer *Sueño*. Como se verá, predomina claramente la nota satírica y festiva, aunque entre los poemas hay alguno moral y social. De modo que la imagen pública que Quevedo empieza a proyectar a sus contemporáneos es la de un satírico, es decir, la de un estudiante que escribe obras festivas. Aquí podrán apreciar ustedes cómo se va introduciendo fácilmente la leyenda. Es importante insistir en ello, porque Quevedo luchará a lo largo de su vida contra ello, intentando librarse de esa imagen, que es la que mejor nos ha llegado.

Otro hecho significativo viene a engrosar su imagen de escritor satírico: hacia 1603, en uno de sus viajes, se encuentra en Valladolid con Góngora, ya mayor, se empieza a pensar que es el gran poeta consagrado y está realizando determinados trámites en la Corte, la Corte Vallisoletana. Todos hablan de él,

»

le leen, le respetan. Todavía no ha escrito las *Soledades* ni *Polifemo*, que se escribieron a partir de 1613, pero bueno, se considera que es uno de los grandes poetas del momento. El jovencísimo Quevedo, 23 años en 1603, se cruza con él, no sabemos cómo, cuándo ni dónde. De repente empiezan a circular por la Corte una serie de poemas, en los que el poeta cordobés y aquel jovencísimo poeta se llaman de todo. Fue la época en que moría.

Estos poemas preliminares de Quevedo son muy sencillos, son tan sencillos como hirientes; por ejemplo, hay una serie de décimas en las que habla en tono circunspecto de la poesía de Góngora.

Como es de suponer; Góngora no se mordió la lengua y ahí quedó la cosa con la promesa mutua de volver a las andadas cada vez que tuvieran ocasión. Cosa que cumplieron puntualmente. No se ha escrito todavía esta historia literaria, es curioso, se ha reflejado y no se ha escrito, quizá porque es muy enfadosa la situación textual y, además, muy compleja, porque no todos los textos se publicaron, obviamente, sino que permanecieron como manuscritos. Nos dejaron unos cuantos poemas ilegibles. Góngora se burló en 1609 de la traducción que Quevedo hizo del *Anacreonte* al castellano. Criticó en 1617 que le conce-



diéran el Hábito de Santiago, y así sucesivamente. Pero Quevedo, a partir de 1613, montó un verdadero lío; cuando Góngora publica las *Soledades* y *Polifemo*, Quevedo utilizó la mejor arma que tenía, la imitación burlesca, que había ensayado en muchos otros géneros, para escribir parodiando al *Polifemo* y parodiando las *Soledades*.

La imitación del estilo gongorino podría ser un pasaje de la obra del propio Góngora. Incluso, cuando Góngora muere en 1629, Quevedo le regala un epitafio. Los biógrafos de Quevedo dicen que no es cierto, que está escrito antes, y se valora tremendamente. Bien, la actitud de Quevedo, sin embargo, y al margen de las críticas a las que acabo de aludir, se refirió poco a poco a unos aspectos más profundos. Quevedo supo ver bastante bien que la onda gongorina iba a invadir la poesía española del tercer tercio del siglo. Quizá incluso se sintió desplazado en algo que él mismo venía intentando hacer desde el comienzo del siglo, una nueva orientación poética que incluía las silvas, y que postergó para dedicarse a su vocación política.

Desgraciadamente uno de sus defectos en este sentido es que la intención, el carácter resolutivo inmediato, no se realiza en las más de estas obras. Pero aún así, ¿por dónde van sus intenciones?, ¿qué es lo que está intentando publicar?, ¿qué es lo que está intentando hacer durante esos años? Emprende la tarea, tan querida por los humanistas, de cristianizar a los clásicos. Traduce el *Anacreonte*, parafrasea los temas de Jeremías, redacta obras estoicas, las obras estoicas que de tanto consuelo le serán a él como a sus contemporáneos, cuando necesite un refugio ideológico al pasar los años y los tiempos, y escribe dos breves poemarios, uno de los cuales: *Heráclito cristiano*, ha quedado como una de las expresiones más intensas y bellas de la búsqueda humana por el paso del tiempo, en 1613.

Los tratados doctrinales comienzan a darse a conocer en manuscritos que entrega a sus amigos. Se oye por primera vez la voz seria, profunda y amarga de lo estoico. Y vean, Quevedo se pasó, de la misma manera, también a la poética seria:

*«Vivir es caminar breve jornada,
y muerte viva es, Lico, nuestra vida,
ayer al frágil cuerpo amanecida,
cada instante en el cuerpo sepultada.*

*Nada que, siendo, es poco, y será nada
en poco tiempo, que ambiciosa olvida;
pues, de la vanidad mal persuadida,
anhela duración, tierra animada.»*

No me resisto a recordarles este tema, que es el mismo que podríamos traer como contrapunto del estilo de cualquiera de sus otros apartados poéticos:

«La vida empieza en lágrimas y caca,
luego viene la “mu”, con “mama” y “coco”;
síguense las viruelas, baba y moco,
y luego llega el trompo y la matraca», etc.

Aquí está el hombre angustiado que tenemos ahora, que dirige su mirada en torno y expresa un vasto escepticismo, parece que se ha decidido a realizar obras más serias. Pero este hombre es, además, un hombre enormemente desengañado.

Está escribiendo en la época de los descubrimientos.

Dicho así, el tono quevediano enlaza con toda una tradición de pensamiento occidental y encuentra en su prosa un molde grave, adecuado para este tipo de expresiones. Fue más allá. Ese mismo año, 1609, comienza a redactar apasionadamente una obra que tituló *España defendida*. En su *España defendida* hay un párrafo que parece fundamental: Quevedo acusa constantemente en sus obras una enorme sensibilidad política e histórica y acusa también los abatares históricos que le han tocado vivir. 1609, como saben ustedes, es un año especialmente conflictivo en la época de España, no sólo con la guerra con Flandes, sino por la invasión de los moriscos, etc. Curiosamente, las obras de Quevedo durante este año son obras no estoicas, fruto de documentación, u obras agresivas como la *España defendida*, en contra de una situación colectiva que él sentía como suya. Esta obra, *España defendida*, es uno de los eslabones más importantes de los que luego vamos a llamar el tema de las dos Españas, la furia española, los grandes de España...; se trata entre otras cosas de una necesidad que tiene el escritor acorralado por la historia, incapaz de asimilar el vértigo de las nuevas ideas; estamos en el siglo de Galileo y de Descartes, que defiende ciega, apasionada e irracionalmente ese empomado mítico, milagrosamente fiel a la estimada España. Esa ardua tarea de nuestros escritores, que echan sobre sus espaldas la defensa de España, aparece en muchas obras tardías.

Muchas cosas quedan sin terminar en este período cuando en 1613 tiene que embarcarse para Nápoles como secretario, confidente y amigo del Duque de Osuna. La ambición política de Quevedo se va a realizar durante unos años, los que van de 1613 a 1619, cuando sirve primero en Sicilia y luego en Nápoles al Duque de Osuna, a la manera como servían los escritores entonces, como secretario, como ayuda. Quevedo fue un poco más allá, un poco como un correveidile, que viajaba entre Nápoles y España para misiones diplomáticas, relacionándose con el Papa o el Rey.

La etapa diplomática de Quevedo es muy interesante y nos vamos a centrar ahora en ella. Lo curioso, y lo que más me llama la atención, es que no dejó huella sobre su ideología. Parece que la experiencia italiana podría haberle dotado de una especie de ideología más abierta, menos radical, más comprensiva. Quevedo, sin embargo, se mantuvo en adelante con la misma actitud de

riguroso observador. De manera que cuando en 1618 tiene que volver a España, porque las cosas le están empezando a ir mal al Duque de Osuna, pues, se reafirma en este tipo de ideas, en su pensamiento, en su ideología. Cuando vuelve en 1618, probablemente sin él saberlo, va a salvar su vida; fue un poco antes de que el Duque de Osuna cayera en desgracia. Cuando vuelve se le encarcela y se le destierra por razones políticas de poca importancia. Pero quienes le encarcelan y le destierran fueron el Marqués de Sieteiglesias y el nuevo valido, el Duque de Uceda. Repentinamente el Rey muere en 1621, Felipe III; llega un joven monarca, Felipe IV, y empieza a cambiar todo; caen los viejos privados, se encarcela al Duque de Uceda, se decapita a Don Rodrigo Calderón, se destierra al Conde de Oliaga. Empiezan a caer todas las cabezas de quienes habían sido el gobierno de la etapa anterior. Quevedo salva su vida, probablemente, porque dos años antes había dejado de ser protegido del Duque de Osuna y había sido perseguido por los validos que ahora estaban siendo a su vez encarcelados. Gracias a esto se salva. Lo curioso es que cuando en aquellos años la Corte está cambiando debido a las nuevas medidas del joven monarca, Quevedo empieza a escribir obras como si la cosa no fuera con él, cuando él estaba un poco en el centro de todos los juicios y pleitos que se daban entonces.

Escribe la *Política de Dios* que es un manual contra privados, pensando que la caída del privado, el Duque de Lerma y luego el Duque de Uceda, va a ocasionar un cambio en el gobierno y ya no va a haber más privados; que el joven monarca Felipe IV va a ser el máximo regidor del país. Y dedica la obra al Conde Duque de Olivares, creyendo, también, que en aquella época los privados se habían terminado definitivamente. De manera que dedica un mandato contra los privados al mayor privado de la historia de España, en la época de los Austrias por lo menos, el Conde Duque de Olivares.

Todo esto inicia una larga etapa que va desde 1620, aproximadamente, hasta 1633. Es la etapa más fructífera literariamente. Tarda un poco en reconciliarse con el nuevo gobierno, se le destierra a la Torre, como consecuencia de que todavía se le tenía cierto recelo acerca de su actuación anterior, pero, poco a poco, se va congratulando con el nuevo equipo de gobierno. De esos años son las famosas epístolas, el *Sermón estoico* y la *Epístola censoria*, que se suelen citar como poesías críticas; ya saben ustedes, la *Epístola censoria* es aquella que comienza: «No he de callar, por más que con el dedo,/ ya tocando la boca o la frente,/ silencio avises o amences miedo.// ¿No ha de haber un espíritu valiente?/ ¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?/ ¿Nueca se ha de decir lo que se siente?» Se suele citar como un ejemplo de crítica. Lo que no se va a callar Quevedo, realmente, es el aplauso a las nuevas peleas del gobierno del Conde Duque; el poema no es una crítica, me parece, sino que es una arrega más de Quevedo en la línea de su idea de una España arrogante y belicosa.

Hasta el año 39, desde el punto de vista literario, Quevedo lo que va a hacer fundamentalmente va a ser poner en circulación una serie de tratados y

escritos serios, que contribuyan a borrar esa imagen de poeta festivo que se había creado.

A Quevedo, en 1616, le ocurre una cosa muy peculiar; cuando vuelve de uno de sus viajes con la expedición real, empieza a publicarse en España, en Aragón, principalmente en Zaragoza y Barcelona, sus obras, al parecer sin su consentimiento. Hay que señalar que hasta 1626 Quevedo no había publicado prácticamente nada. Todo lo que se conocía de su obra era a través de manuscritos. Entonces, aparecen unos libros que se titulan *Desvelos soñolientos*, en donde se publican los *Sueños*, *El Buscón* y la *Política de Dios*. Inmediatamente se arma un enorme revuelo y comprobamos que Quevedo tenía muchas razones para no publicar su obra. Efectivamente, aunque sus obras salen al ruego de la opinión pública, se le achaca una enorme cantidad de diatribas en contra de sus obras festivas: arrogantes, escandalosas, y de sus obras políticas: peligrosas. Entonces, Quevedo lo que hace es renegar de todas sus obras. En 1629 se autoacusa ante la Inquisición y dice que él no admite como obras suyas ninguna de las que están publicando y que, sin embargo, va a dar a conocer cuáles son realmente sus obras.

En 1629 prepara una edición expurgada de todas las obras que se habían publicado por ahí. Bajo esa obra están los *Sueños*. Y, además, publicará de nuevo la *Política de Dios* en una nueva versión, para evitar que fuera perseguida por acusadores y, a la larga, por la Inquisición. De todas maneras, Quevedo fue un escritor enormemente mimado por la Inquisición.

En este período hay dos aspectos más que voy a señalar rápidamente, los dos se refieren a 1627. Cuando Quevedo cobra mayor confianza en su actuación pública y política, y se siente más a gusto en la Corte, escribe entremeses, escribe comedias para palacio, se siente admirado y apoyado: el Conde Duque le halaga, quiere que vaya a su lado, desea que sea Secretario Real, cosa que ocurrirá en 1634; Quevedo se va introduciendo en polémicas de carácter no exactamente político, pero sí ideológico. Lo más interesante de ellas es la que ocurre en 1627, cuando los carmelitas proponen que Santiago comparta el patronato de España con Santa Teresa de Jesús. Ustedes en seguida verán la actitud de Quevedo, el Quevedo caballero del Hábito de Santiago, intransigente, belicoso, misógeno, que le proponen a Santa Teresa de Jesús para compartir el patronato español. Escribió dos obras: *El memorial en defensa de Santiago* y luego *España por Santiago* (1627-1628). La primera de ellas se publicó y extendió hasta la saciedad. La segunda se conservó en manuscrito. Sus amigos consiguieron que la obra no llegara al Rey, porque el mismo Rey había escrito de su puño y letra un decreto diciendo: «Francisco de Quevedo, que se vaya a ese lugar que tiene en la Torre del Abad», que, como dice el Rey, no le pueden hacer callar. Así Quevedo se marcha a la Torre. El caso es que en la Torre de Juan Abad pasa cada vez más tiempo, viajando de vez en cuando a la Corte, pero siguiendo los acontecimientos de lejos. A partir de 1635, aproximadamente, no hay publicaciones excepto la «Carta a Luis XIII». En 1635 aparece un

libelo contra Quevedo. Es un libro que escribe un anónimo en Valencia. Su actividad se puede seguir a través del epistolario. Es una de las verdaderas joyas que nos ha quedado de la obra de Quevedo.

Este epistolario se interrumpe en 1638 cuando en una de sus cartas nos dice que tiene que ir inmediatamente a Madrid porque hay una polémica. En 1639, el 7 de diciembre, Quevedo está en casa del Duque de Medinaceli, su gran amigo y protector. Por la noche entran los alcaldes de pósito, lo que hoy se entiende por alguaciles, y detienen a Quevedo sin dejarle coger nada. Le meten en la carroza y le llevan a San Marcos de León como prisionero.

La prisión de Quevedo va a durar hasta 1643; a partir de aquí se creará la leyenda de Quevedo como perseguido. Las razones de su encarcelamiento fueron por haber escrito un poema en contra del Rey. Hace poco se encontró una carta en la Biblioteca de Historia y se sabe que Quevedo fue acusado por confidente de los franceses. Mis propias investigaciones me han llevado a deducir con bastante claridad que Quevedo era el agente ejecutor de la oposición interna en aquellos años gravísimos de 1639, y que él era quien estudiaba la fracción de los nobles enemigos, para movimientos políticos sobre todo con los franceses a través de Madrid. Esta parece ser la nueva razón.

En San Marcos pasó tres años y unos cuantos meses. Enferma gravemente, se le canceran unas heridas en el pecho, pierde la vista y se le agrava su cojera. Durante seis meses está totalmente encerrado sin permiso para ver a nadie. Después saldrá a una celda y a los dos años se le permite deambular por el convento y ensayar con la pluma. Durante este tiempo, Quevedo utilizó su mejor arma para defenderse; escribió cuatro tratados no estoicos, y, además, escribió una serie de pequeños panfletos políticos en los que se muestra su situación. Pero, curiosamente, ninguno de esos tratados aparece en la edición preparada de sus obras completas; lo cual quiere decir que eran tratados que estaba escribiendo para, únicamente, dar la imagen de sabio.

La última obra que está escribiendo Quevedo da visión de la vida de San Pablo. Cuando el Conde Duque cae en 1643, Quevedo se libera, termina la vida de San Pablo fuera de la prisión. Vuelve a Madrid en el verano de 1643, le acogen todos amistosamente. En Madrid prepara la edición de dos de sus últimas obras, *Marco Bruto* y *La vida de San Pablo*; después marcha a la Torre para reponerse. Estamos en 1644 y va a morir en septiembre de 1645.

Quevedo es uno de esos escritores que antes de morir tuvo tiempo de volver la vista atrás, leer su obra, recuperar lo que en algún momento se podía pensar que era obra festiva y preparar una edición que él pensaba que podría ser su testamento literario. La última carta es del 5 de septiembre de 1645.

En Villanueva de los Infantes murió tres días más tarde, el 8 de septiembre de 1645. Sus restos, por desidia de los tiempos y de las gentes, no se sabe dónde descansan.